

Hice una larga recorrida por el Estado de Oaxaca, la tierra de Juárez, al sur de México. Tuve oportunidad y tiempo para convivir con los comuneros, gracias a la bondad del Director General de Educación, don Aurelio Merino, que me acompañó adonde quise ir. De allí son algunas de mis experiencias más ilustrativas.

En un pueblito llamado "Animas Trujano" fuimos a visitar la escuela. En las comunidades en torno a la plaza, que a veces no es más que un baldío, hay siempre dos o tres edificios públicos: la Casa Ejidal, que es donde se reúnen los comuneros a tratar de sus asuntos, la iglesia que es considerada de propiedad de todos y la escuela que también es cosa de la comunidad. En Animas Trujano hay 176 comuneros, con dos hectáreas de tierra cada uno. Las parcelas por consiguiente son pequeñas y poco productivas porque no hay riego. Las tierras, Valle de Oaxaca, son en general muy buenas.

Cuando la maestra, que se había graduado en una escuela rural campesina —especie de escuela normal rural—, vino al pueblito, se ganó la voluntad del vecindario por sus condiciones de trabajadora social. Consiguió de los comuneros que hiciesen una escuela nueva que costó 14,000 pesos mexicanos, (un peso mexicano vale 0.40 nuestros), de los cuales el gobierno puso 4,000 y el resto la comunidad. Trajo un albañil para dirigir las obras, que se hacían con la contribución de trabajo de los vecinos. El albañil durante su estada fué mantenido y alojado por rotación entre los comuneros.

Una vez hecha la escuela, los ejidatarios hicieron la casa de la maestra. Y luego ésta, tomando como modelo su propia casa, inició la reconstrucción de los jacales que sirven de viviendas a los comuneros. Pero éstos se resistieron a modificar sus casas. Entonces los convenció de que cada nuevo hogar que se formase en la comunidad tendría que instalarse en una vivienda nueva que los mismos comuneros construirían en un lugar determinado del predio comunal. Así lo hicieron y el nuevo pueblito a que ha dado lugar esta reforma edilicia —las casitas se construyen tomando como modelo la casa de la maestra —ya tiene como veinte viviendas nuevas.

Esta actividad social y cultural se vincula a muchas otras: la maestra es consejera de los vecinos, es también la enfermera que pone inyecciones y atiende a los enfermos. En los días de nuestra visita estaba trabajando por dotar de agua potable a la comunidad, que carecía de ella.

El hecho de que cada comunero tenga en Animas Trujano, sólo dos hectáreas de tierra nos pone frente al problema, más difícil, que tiene

sin resolver lo población campesina de aquel país: el minifundio. La gente es mucha y la tierra es poca; la población aumenta y la tierra no. De modo que la parcela que le toca a cada uno no alcanza, por su pequeñez o escasa productividad a subvenir a las necesidades de la familia. Pude ver, durante mis andanzas por Oaxaca, comunidades en las que las parcelas no exceden a media hectárea por ejidatario.

En "San Sebastián Abasolo" las parcelas de cada comunero alcanzan sólo a 600 metros cuadrados. Como se comprende, sus productos no pueden alcanzar para alimentar a una familia. Por eso este pueblo, que es muy industrial, se dedica a la fabricación de cestos. Un tipo de canastas muy particular que ha llegado a ser en algunas épocas una productiva industria de exportación.

En los días en que estuvimos en este pueblo había aparecido una fiebre infecciosa; posiblemente tifoidea. El maestro era el encargado de hacer de médico, pues según propia confesión, "le entiendo un poquito a la medicina", estaba capacitado para hacerlo. El centro sanitario de las comunidades es siempre la escuela rural.

El minifundio es el problema más grave de los campesinos. En Mitla, donde están las famosas ruinas zapotecas —la joya de más delicada calidad artística que comozco en arquitectura pre colonial— hay una comunidad con 826 familias. La propiedad territorial de la comunidad alcanza a 208 hectáreas de cultivo de temporal —secano— y de 16 de riego. Como se comprende, muy poca tierra para tanta gente. Las parcelas allí alcanzan a extensiones irrisorias: 25 surcos de cien metros cada uno, o franjas de tierra de 20 metros de ancho por cien de largo.

Mientras en la casa ejidal tomábamos el hospitalario mezcal —bebida parecida a la grappa— los indígenas me contaron sus dificultades, que son las de gran parte de México. La población crece y las tierras escasean. Las comunidades agrícolas se encuentran con que la producción es muy inferior al consumo.

UNA REUNION DE COMUNIDADES

La víspera de mi partida del Estado de Oaxaca se organizó para despedirme una concentración de comunidades en el valle de Etla, tomando como centro un poblado que se llama Soledad. Se reunieron las comunidades de Soledad, Guadalupe, Santiago, San Isidro, Alemán y Matadamos. Es decir, seis comunidades.

La reunión de más de dos mil personas, se hizo en la escuela,

que como es la casa del pueblo, resulta ser el centro obligado para tal clase de reuniones.

Cada comunidad se presentó con sus autoridades comunales: el Presidente, el Alcalde, el Regidor, el Presidente del Comité de Educación, el del Comité de Salubridad, etc.; autoridades elegidas popularmente en cada comunidad por término de tiempo establecido. Cada grupo de autoridades traía algunos centenares de comuneros como acompañantes.

En asamblea popular cada grupo de autoridades fué planteando al Director de Educación sus problemas. Tomé nota de todo aquello, porque me pareció más expresivo que cuánto pudiera narrar de cuenta propia.

Los de Matadamos pidieron una maestra para el costurero. Tenían máquina en la escuela, pero no sabían coser. Necesitaban una persona que enseñara la costura a máquina a las mujeres, costura que realizaban en la escuela y en la máquina de la escuela. Pidieron luego un telón para el teatro. El teatro es parte de la escuela y no ví ninguna que no tenga su teatro al aire libre. Completaron las peticiones con solicitud de arreglos para el local escolar.

Las autoridades de Soledad Etla solicitaron a su vez una planta eléctrica generadora de corriente —y un molino de nixtamal. Este molino tiene su hondo significado social.

Más corriente que el pan nuestro, es en México la tortilla de maíz. Para hacerla, el maíz se sancocha y luego se muele sobre una mesita de piedra de veinte centímetros de alto. La mujer ocupada en ese trabajo, está sentada en cuclillas y encorvada sobre la mesita. La compra del molino permitía liberar a la mujer de ese trabajo agobiador y denigrante hasta por la posición en que hay que realizarlo. —“Con eso contribuimos a levantar a las mujeres del suelo”, me decía el Director de Educación.

Pidieron también un pozo cuya financiación se resolvió de inmediato: con cinco pesos por cada ejidatario. Se reunirían 1,600 pesos, suma suficiente para realizar la obra. Solicitaron además una máquina de coser y una maestra para la clase jardinera. Es curioso que junto a los beneficios materiales aparecen siempre exigencias de orden cultural: con el molino de nixtamal y con el pozo, venía el pedido de la clase jardinera.

Los del pueblo Alemán pidieron una bomba para sacar agua y mobiliario para la escuela. El Director de Educación les ofreció el mobiliario pero a condición de que ellos construyeran o compraran de su cuenta, la cuarta parte. ¿Por qué eso? Porque así el comunero que ha puesto su trabajo o su dinero en una cosa, la sienta suya, la vigila y la cuida. Muy distinto, de si todo le fuera dado sin ese esfuerzo.

En México no se hace una escuela, sin el aporte popular. La gente da lo que tiene: trabajo, dinero, materiales, etc. Lo importante es que aporte algo. Con eso la obra sale más barata y el campesino la siente suya porque le costó esfuerzo. (1)

Los de Guadalupe vinieron con aire de importancia y declararon que ellos habían resuelto ya todas sus dificultades.

Los de Santiago dijeron que iban resolviendo sus problemas y que estaban haciendo salones para la escuela. Querían organizar un costurero y tenían ya la máquina. La máquina de coser es allí una propiedad colectiva; no es propiedad de una casa. La máquina es de todos y el costurero es simplemente la reunión de las mujeres de la comunidad que vienen a coser alrededor de la máquina, por turno.

Los de Nazareno, un pueblo vecino, donde nos hicieron un recibimiento realmente emocionante, pidieron riego y una pequeña presa para poder captar el agua para regar. Las parcelas que tienen sólo alcanzan para el 50% de las familias; quiere decir que el otro 50% necesita tierras para vivir. Cada una de esas parcelas alcanza solamente a tres cuartos de hectárea; de manera que para ellos era fundamental el riego, porque con el riego aumentando el índice de productividad, podían disminuir el tamaño de las parcelas y, en consecuencia, dar tierra a los demás ejidatarios.

Esta comunidad tan pobre, que tiene la mitad de su gente sin tierras y cuyas parcelas son apenas de tres cuartos de hectárea, esta comunidad que alcanza por lo menos a mil personas, hizo una escuela que le costó \$ 54.000.00, — es decir, unos \$ 25.000.00 de nuestro país — de los cuales el Estado les dió solamente \$ 9.000.00. De manera que los \$ 45.000.00 restantes los pusieron ellos. La escuela con 460 alumnos, tenía clase jardinera.

Esto solamente narrando cosas de un Estado de México. Anduve después por muchos otros lugares y el fenómeno se repite bastante.

En el Estado de Nayarit, la tierra de Amado Nervo, fui a una comunidad que también me impresionó mucho. Eran las 8 de la mañana y

(1) La gratuidad de la enseñanza, principio de democracia educacional, tiene su contrapartida. El padre a quien la escuela le da todo, se desinteresa por la educación de sus hijos. Parecería contradictorio, pero veinte años de experiencia docente me permiten hacer esta afirmación: uno de los mayores prestigios de que goza la escuela privada es que se paga; como cuesta más, hay la creencia de que vale más.

Sin renunciar al principio de la gratuidad hay que imponer ciertos modos de colaboración a los vecindarios para vincularlos, en los hechos, a la vida escolar.

estaba toda la gente barriendo las calles. Ante mi extrañeza me contaron la historia del pueblito. Era un pueblo como todos los otros mejicanos: sucio, con sus jacalitos insalubres, sin agua, con mil dificultades como las tienen todos, donde duermen los perros, los gatos, los cerdos, los chicos, los grandes, las personas, todos juntos... Vino ahí una maestra y empezó por la escuela; hizo hacer una escuela nueva, y después tuvo la audacia de querer hacer un pueblo nuevo; se consiguió el apoyo de la gente convenciéndola. Cuando estuve allí no quedaban más que algunos jacalitos que otros, como testigos. Todo el pueblo se había transformado; la gente había arrasado sus ranchos y había hecho, casa por casa, todas las viviendas nuevas. Habían alineado las calles y habían puesto cercos de piedra a cada casa. En fin, habían construido aquel pueblito que era un ejemplo y, vuelvo a repetir, un domingo, a las 8 de la mañana, todos los pobladores estaban dados al barrido de las calles.

Me contaba uno de los comuneros de allí que, cuando terminaron de hacer la escuela, les dijo el cura que la iglesia estaba muy fea y que había que empezar por arreglar la iglesia, y que ellos le contestaron (copié las palabras textualmente): "Na más deje que terminemos la escuela y ya le daremos a la iglesia". Le "estaban dando" a la iglesia, precisamente en los días de mi visita.

Es curioso esto: la escuela tiene, como un comunero más, su parcela, que la trabaja la comunidad para beneficio de la escuela, y la iglesia tiene también, como un comunero más la suya, que la misma comunidad trabajá para beneficio de la iglesia. Vale decir que la iglesia tampoco es del cura, sino que es de la comunidad. Quien entre a cualquier iglesia mejicana encontrará una cosa que acá no se usa: los santos están vestidos, con ropas hechas por los mismos indios, que de cuando en cuando llevan a arreglar. Las gentes de la comunidad tienen sus imágenes que visten y cuidan porque saben que son de ellos.

ES UN DEBER CONOCER ESTAS COSAS

Todo el problema indígena en México es un problema obsesionante. Se comprende que en ese país, donde se hizo una revolución, el indio presenta una calidad distinta a la del indio de los otros países. Puede ser que yo no haya visto, por haber andado demasiado ligero en algunos lugares, las formas positivas de recuperación que puede tener el indio en Bolivia, en Perú, o en Ecuador. En Bolivia, por ejemplo, hay una cosa, que es lo que se llama "la experiencia de Warisata", que muestra que el indio es capaz de rehacerse y reconstruir su vida y su mundo.

En México eso ya está en marcha, y es curiosísimo ver cómo se puede transformar toda una organización de vida y toda una organización social, simplemente con el esfuerzo que los indios ponen en las cosas que están haciendo. Se llega hasta esto: en estos últimos tiempos, después de la reunión de la UNESCO, en México, se ha proyectado un ensayo educacional que comprende una zona de 10.000 hectáreas, más o menos, y que afecta a 29 comunidades, que se pueden calcular en 20.000 personas. Esta zona se ha organizado bajo un plan de transformación educacional. La base es la escuela, y todo lo demás: producción, economía, vitalidad, sanidad, industrialización de los productos y su comercialización, etc., todo gira en torno a la acción escolar. El plan está ya en marcha, pero lo sorprendente es ver el apoyo y la fe que los indígenas ponen en él.

Claro que ellos tienen un sentido de la comunidad, que nosotros no tenemos. Para ellos, la unidad social no es la familia; la unidad social es la comunidad. La comunidad es la que compra para todos; es la que vende para todos; es la que trabaja para todos.

Ahora, como última cosa, voy a narrar lo siguiente: en cada comunidad donde nos recibían, —honor que jamás me han dispensado en mi país — teníamos una orquesta actuando para nuestro solaz. En comunidades muy pobres, como en la de Mitla, gozábamos de una orquesta, una banda y un trío de guitarras que estaban nada más que dedicados a tocar, mientras nosotros primero conversábamos nuestras cosas y después comíamos. Como me sorprendió que en una comunidad tan pobre pudieran darse esos lujos, pregunté, — porque se veía que aquella gente actuaba cumpliendo un servicio, ya que no venfan ni a comer con nosotros, ni entraban en nuestras conversaciones, sino que sólo tocaban su música, — cómo habían contratado aquellos conjuntos. Me contestaron: "Son comuneros como nosotros; están haciendo lo que llamamos el "tequio", es decir, su parte de trabajo comunal". Y me agregaba el Presidente de la comunidad: —"Cuando nosotros tenemos que trabajar para la comunidad, o aramos, o sembramos el predio de la escuela, o arreglamos el campo ejidal, o gobernamos la comunidad, o cuidamos la parcela de la Iglesia; ellos, en lugar de hacer ese trabajo, tocan música; ese es su trabajo corriente, igual que el que hacemos nosotros. Y usted los va a tener tocando todo el tiempo, que usted quiera, porque mientras tanto ellos están trabajando para la comunidad."

Lamento que el tiempo sea poco y que haya tenido que estar abusando de la paciencia de ustedes; pero, en realidad, esto de la condición de "los de abajo" es un problema poco conocido y obsesionante. Obsesionan-

te porque por lo menos, entrar a conocerlo, es pagar una deuda de solidaridad que tenemos con estas gentes, que suman millones y millones y que tan dolorosamente viven en América. Y es un problema poco conocido porque, desgraciadamente, sobre estos países y sobre estas gentes, existe el peso de la dominación por muchos cientos de años de una casta oligárquica que, lo primero que quiere, es que no se conozcan las realidades de sus países y las tapa con apariencias, encubriéndolas. Esta casta dominante por legislaciones, o códigos, o disposiciones constitucionales establecidos por sus organismos políticos, procura dar apariencia de soluciones a problemas que, en la realidad, siguen siendo tan graves o más graves todavía que lo que eran antes de esas "soluciones".

El Código del Niño del Perú, poniendo por caso, que se cita en nuestros Institutos Normales como un ejemplo de perfección, nos deja maravillados por los derechos y las ventajas que tienen los niños peruanos. Pero hay que dejar el Código y entrar adentro del Perú para ver cómo es que viven los niños de aquel país.

Si se analiza, por ejemplo, el Código de Trabajo de Bolivia, o la Constitución ecuatoriana, o algunas leyes de Colombia, o algunos principios constitucionales en países de Centro América, donde se establece que sus presidentes durarán cuatro años y se quedan 15, o 18, o 20, nos quedamos maravillados del progreso que se ha registrado en materia legal y constitucional respecto de los derechos y de los deberes políticos y sociales de las gentes. Pero la realidad, desgraciadamente, es otra, y creo que el único modo de empezarle a entrar a estos problemas por sus puntos vulnerables, es comenzando a mostrar al desnudo sus tristes realidades.

Nada más.

(Muy bien! — Prolongados aplausos).